Virginia Ruiz y
Elena Hernández

Súper

ÍNDICE

Los océanos, esas grandes extensiones, 11
Preparados. Listos, 13
Carros y carros y carros, 14
Hay que vigilar, 16
Tú más, o el principio de reciprocidad, 20
En el fondo, te quiero, 23
A punto, 26
El encargado, 29
Con eso tolerancia cero, 31
Clase, 33
Tacha las toallitas de la lista, Marisa, 34
No puede pasar, 37
A un palmo todo se ve mejor, 40
Que tengáis suertecita, 44
Cuestión de producto, 48
Nada, 50
JAJ, 51
Será por bancos, 52
Richi, cowboy de mediodía, 53
Laura, 56

Un poco de luz, 59
Festín, 61
Fundido a negro, 64
Ay, corazón, 66
Obras, 71
Fluidez, 72
Etcétera o la vida es una rueda, 75
The Best, 77
Los chavales del barrio, 80
Todos somos uno, 81
Pssshh, 82
Existencialismo en el supermercado, 83
No ganamos para disgustos, 86
Lineales de reposición, 89
Baby flower,92
Mi gran obra (o el sentido de mi vida), 96
La pinza, 97
Perecedero, 101
Plastificados, 102
Cómo, 104
Yo, mercado de barrio, 106
El origen y lo original, 110
Comodidad, 111
Rojo, 113
Despacito, hacia atrás, 115

Agradecimientos, 117

A los supermercados, a las personas que trabajan en ellos y a ti, que compras risketos a media noche.

«Reír y llorar pueden ser respuestas al agotamiento y la frustración. Por mi parte yo prefiero reír, simplemente porque hay menos que limpiar después».

Kurt Vonnegut

«No hay nada más hermoso que un supermercado,
es el lugar perfecto para llorar».

Jorge de Cascante

«El humor es un acto de resistencia y supervivencia».

Lorrie Moore

LOS OCÉANOS, ESAS GRANDES EXTENSIONES

A veces no es fácil, pero un día se hace necesario. Coger el carro de la compra, cruzar la línea, salir del barrio y entrar por primera vez a un súper nuevo, distinto, pasillos diferentes por delante, gente nueva a la que saludar. Una vez dentro, trato de moverme por ahí como si fuera una más, sin que se note que es mi primera vez.

Camino por el pasillo central y ahí la veo. La señora acaba de salir de la piscina, va en bañador y todavía lleva el gorro, superapretado, en la cabeza. Cuando levanta el brazo para coger una lata de atún escurrido, le chorrea el antebrazo, va dejando charcos por donde pasa, y yo la sigo.

Una señora, al verla, ha llamado al encargado, se nota que ella es del barrio, clienta habitual, porque le ha llamado por su nombre y le ha dicho: Juan Antonio José, haga algo con esa mujer, porque mi marido está muy torpe, y se puede resbalar. El marido se agarra del brazo de la señora y sigue andando como si nada. Y entonces aparece otro señor en escena y dice que a dónde va esa señora soltando tanta agua. Y una jovencita que pasa por ahí dice que cada cual suelta el agua que quiere y que qué le importará a él el agua que suelta esa señora. Y el encargado, ahí en medio, trata de poner orden.

Yo no puedo dejar de seguir a esa mujer que chorrea agua por todo el súper. Ahora ha cogido unos lenguados congelados y unas anillas de calamar. Yo, lo mismo. Además de seguirla, elijo lo que ella elige.

PREPARADOS. LISTOS

El súper se había inundado. Nadie sabía a ciencia cierta qué había ocurrido, pero uno había oído decir a un bombero que aquello era como una piscina gigante donde lo mismo flotaban ramas de brócoli que latas de cerveza que trozos de merluza que paquetes de arroz que botes de champú que vasos que un jamón que madalenas que lechugas.

Que todo parecía viejo y muerto.

Que a ver qué iban a hacer con todo eso.

A los de fuera se les había cortado la respiración. A algunos. A otros se les había acelerado. Todos, sin embargo, tenían el mismo brillo en los ojos y se miraban con disimulo y fiereza. Los músculos de las piernas tensos.

Todos pensando quién iba a ser el primero que iba a echarse a nadar.

CARROS Y CARROS Y CARROS

Mi padre dedica su tiempo a buscar ofertas. Una vez cada quince días, organiza un batallón de compra, así lo llama.

Somos cinco, padre, madre y tres hermanos.

Vivimos muy cerca del súper, pero nos da igual, cogemos el coche y aparcamos en doble fila.

Entramos uno detrás de otro y vamos pillando carros. Cada uno tenemos un carro a nuestro cargo.

Mi padre lleva las manos llenas de cupones de ofertas.

Recorremos los pasillos del supermercado en formación. Seguimos a mi padre como los patos siguen a la pata. Cada uno manejando nuestro carro, con firmeza, con atención plena.

Mind-ful-ness.

Llevamos una lista de la compra, todo está muy pensado, organizado, nadie puede ni debe salirse de lo que allí está escrito.

Es un guion completo.

Nada falta, nada sobra, nada es aleatorio.

Todo sigue el orden estricto que mi padre, el demiurgo, ha marcado.

Cuando él da la señal, empezamos.

Cincuenta pastas de dientes, doscientas cajas de edulcorante artificial, todos los rollos de papel higiénico que haya en los lineales, sesenta y cinco sobres de sopa de pollo, treinta kilos de alitas congeladas, cuarenta y cinco paquetes de salchichas.

Con los cinco carros a punto de desbordarse, llegamos a la caja.

HAY QUE VIGILAR

La señora no ha parado hasta que ha descubierto qué vecina es la que ha cogido el carro del supermercado y se lo ha llevado hasta el garaje. No ha sido fácil, pero la señora es muy sagaz y, además, lleva muchos años entrenándose. Ella no espía: solo observa y escucha.

Ha seguido los movimientos de todos los vecinos, a pesar de que eso ha roto sus propias rutinas de compra, cocina y pilates —le viene muy bien para la espalda, y eso que solo va un día a la semana—. Y ha descubierto, por fin, que se trata de la nueva, esa chica rubia y muy delgada a la que le vendría bien hacer pilates porque es mucho más joven que ella, pero tiene un poco de chepa ya; por supuesto, aún le vendrían mejor sus pucheros, pero ella no ha tenido hijos y ni mucho menos se va a ocupar ahora de nadie, menos todavía de una desconocida que ha robado un carro del súper.

El supermercado es, para la señora, su segunda casa. Lo conoce como la palma de la mano. Se sabe los turnos de los trabajadores y está al tanto de algunos aspectos de sus vidas. Por ejemplo, sabe que el chico de la caja se acaba de divorciar y que la joven que repone se va a ir de vacaciones a Teruel con su novio. Ella sabe perfectamente dónde está la barrera entre ser cordial e inmiscuirse demasiado en la intimidad; eso es algo que solo hacen los entrometidos y los cotillas. También conoce a los vigilantes, que al principio se mostraban fríos con ella, pero han acabado saludándola por su nombre. Ya no es *una* señora más de esas que van a comprar como el que camina por la